EL UNIVERSAL
EL GRAN DIARIO DE MÉXICO

Fecha	Sección	Página
07.12.2009	Primera-Opinión	31

La fascinación por "Juanito"

JORGE CHABAT

Uno de los grandes misterios de la política es por qué algunas personas atraen a la gente y otras no. Max Weber, sin duda uno de los sociólogos más importantes en al historia, se refirió a este fenómeno como la "dominación carismática" que era un modelo de ejercer el poder basado en el atractivo del líder. A los líderes carismáticos se le sigue por razones más bien emocionales que racionales, porque conectan con alguna parte de la psique colectiva. Por eso las masas en varias épocas y países han seguido ciegamente a líderes carismáticos que a la postre las llevan a la ruina, como es el caso de Santa Anna, Napoleón, Perón o Hitler. El argumento de los defensores de estos líderes es que el pueblo los ama. Pues sí, lo cual no significa que dichos líderes actúen en beneficio de la población ni que la fascinación por ellos sea una actitud racional. De hecho, Weber veía como un progreso el que una sociedad se moviera de la dominación carismática a la jurídica o legal, basada en las leyes y no en los atractivos de un iluminado.

No obstante, si quisiéramos caracterizar la historia de México, claramente prevalecería la dominación carismática y no la jurídica. De hecho, todavía buena parte de la población y de la clase política no entiende ni se acostumbra a la idea de un gobierno basado en las leyes. Sigue habiendo una fascinación por los líderes carismáticos que en buena medida es inculcada por nuestro sistema educativo. Así son admirados quienes han encabezado revueltas y revoluciones: desde el cura Hidalgo hasta Villa, Zapata e incluso Álvaro Obregón. En estas muestras de admiración se glorifica la astucia política y los pantalones de los políticos mexicanos, no su apego a la ley. Es precisamente debido a este gusto por los líderes carismáticos que buena parte de los mexicanos se sentía fascinado con el desprecio retórico de López Portillo por la política (alguna vez declaró que su vocación verdadera era ser escritor y no político) o con el desprecio de Vicente Fox y de López Obrador por las formas institucionales. Finalmente, la fascinación por el líder carismático no refleja más que un rechazo por la política formal y las instituciones, explicable sin duda por la mala calidad de la clase política mexicana. Sin embargo, el líder carismático, lejos de resolver los problemas que presenta el ejercicio de la política, los agrava. Los políticos anti-políticos y anti-institucionales no son mejor que los políticos profesionales, mediocres y corruptos. De hecho, a la larga son peores. Los políticos mediocres corroen la política y alejan a la población de los asuntos públicos. Los anti-políticos atraen a las masas, las manipulan y al final destrozan las instituciones y los países.

Y es ese gusto de los mexicanos por la antipolítica lo que explica la fascinación por un personaje como *Juanito*, que parecería salido de una película de ficheras de los años 80. *Juanito* nos fascina porque se "salta las trancas", como su creador, Andrés Manuel López Obrador. De hecho, nos fascina más aún porque se salta las trancas frente al propio AMLO, porque utiliza su mismo lenguaje: "la mafia obradorista", con la misma irresponsabilidad que aquél. Incluso se presenta como más vivo que el propio *Peje*: la "brillante" maniobra de AMLO de meter a un candidato palero para al final dejar en Iztapalapa a su protegida, es ahora rebasada por la más "brillante" maniobra de *Juanito* de engañar a todos, empezando por su mentor. Su frase "los agarré como al Tigre de Santa Julia" lo retrata de cuerpo entero: es el pícaro del barrio, el que toma ventaja de quién puede y a quien la ley y las instituciones le importan poco... como al propio AMLO.

Para los medios de comunicación y para los analistas políticos resulta sin duda muy atractivo un personaje como *Juanito*. Pero sería un error poner a Rafael Acosta como un modelo a seguir. *Juanito* es un vivales, es un bribón al que las circunstancias lo han puesto en el poder temporalmente. Pero no es ni de lejos un estadista ni el político que necesita el país o siquiera Iztapalapa. Tal vez la lección que podemos extraer de este sainete es que cuando los electores no se toman en serio la política, como fue el caso de los votantes de Iztapalapa, los políticos tampoco. Todos aquellos que votaron por *Juanito* siguiendo la voz de su líder carismático, ahora tendrán que sufrir a un delegado que no tiene la menor idea de lo que es gobernar.

jorge.chabat@cide.edu
Analista político e investigador del CIDE